

La mirada horizontal

R a ú l Z i b e c h i

¿Qué hacer ahora que ya no existen aquellos bastiones obreros, aquellos espacios de contrahegemonía clasista, las redes de resistencia e identidad colectiva, la cultura de los oprimidos?

¿Cómo seguir adelante cuando todo nuestro mundo se vino abajo y, para completar el caos, la izquierda ha dejado de ser un factor de cambio social? ¿Sobre qué bases cabe construir una vida mejor y continuar la lucha por la emancipación?

Ciertamente, no hay recetas. Y, quizá, esa misma debilidad sea una ventaja: ahora no tenemos más remedio que construir nos un futuro, partiendo de nuestras realidades y luchando contra nuestras debilidades.

El movimiento sindical dejó de ser la columna vertebral del movimiento popular. No se trata de que los sindicatos en el futuro no vuelvan a jugar un papel destacado en la lucha social, sino que los actuales sindicatos deberán reformular tanto sus criterios de organización como sus estilos de trabajo para dar cabida al conjunto de diversidades, y contradicciones, que atraviesan a la clase trabajadora.

Por el momento, no existen otros movimientos capaces de relevarlo, aunque de forma esporádica nuevos actores fueron capaces de revitalizar las luchas sociales, en particular durante la

Autonomía&Autogestión

transición. No obstante, los cambios en la sociedad parecen ir creando las condiciones para el surgimiento de una nueva cultura de los oprimidos. La dualización o polarización social llegó para quedarse. Las clases medias se debilitan y ya no tiene fuerza ninguna ideología que, como la batllista, sea capaz de amortiguar las contradicciones. Cada vez es más evidente que el sistema se mantiene gracias a la presión económica y la amenaza de la represión. Algo que los jóvenes pueden comprobar a diario.

Hoy es más cierta que nunca la siguiente afirmación de Wallerstein: “Resulta dudoso que haya habido muchos gobiernos en la historia que hayan sido considerados legítimos por la mayoría de los explotados, oprimidos y maltratados por ellos. Los gobiernos tienden a ser soportados, no apreciados, admirados o amados; ni siquiera apoyados⁴”.

Por primera vez, quizá a todo lo largo del siglo, la posibilidad de que vaya cobrando cuerpo una cultura política alternativa (que no es igual a la cultura de los oprimidos, aunque ambas están vinculadas), es una realidad. La desaparición del Estado del Bienestar es el factor principal que hoy nos está otorgando esa chance.

Además de una posibilidad, se revela como una necesidad imperiosa para retomar la lucha por la emancipación. Y que requiere remover a fondo los vicios legados por un siglo de batllismo y medio siglo de predominio de una izquierda instrumentalista; también requiere recuperar las tradiciones perdidas. El peso de la cultura política dominante -de la cual participa tanto la izquierda política institucional como la mayoría del movimiento sindical- se ha convertido en una traba para el desarrollo de movimientos alternativos que, para su consolidación, necesitarían un “medio ambiente” menos partidizado y un apoyo activo o, por lo menos, una “neutralidad”

⁴ Wallerstein, Immanuel *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, México, 1998.

Autonomía&Autogestión

de las fuerzas políticas que les permita experimentar y consolidarse. El peso de la cultura política mayoritaria opera socavando los nuevos movimientos, buscando hegemonizarlos o partidizarlos para que sirvan a sus objetivos de acumulación político-electoral, o evitar que “hagan olas” y pongan así en peligro la estabilidad política. Se trata de una de las rémoras más fuertes que socava la autonomía del movimiento social.

Otro de los errores que parece necesario combatir es la obsesión por el estado. Este aspecto tiene dos vertientes. Por un lado, el estado sigue siendo un referente esencial para el movimiento popular, que sigue pretendiendo -como en el período del estado benefactor- que resuelva los problemas acuciantes de la gente. La mayor parte de las energías de los movimientos aparecen destinadas a exigir que el estado cumpla un papel que ya ni quiere ni puede cumplir. La mayoría de las luchas tienen como destinatario al aparato estatal, en sus diferentes ramas o poderes.

Esto provoca tanto la subordinación de los movimientos a la lógica del poder estatal como dificulta que esos movimientos se concentren en la autoayuda en los niveles de base, única forma de recrear las redes de solidaridad entre los de abajo. Por otro lado, la izquierda lleva más de un siglo -desde el fracaso de la Comuna de París- obstinada en la conquista del poder, vía electoral o insurreccional. Esta ha sido durante mucho tiempo la principal diferencia que atravesó a la izquierda política, dividida entre reformistas y revolucionarios, categorías que hoy en día dicen muy poco en cuanto a los objetivos de las luchas. Parece necesario torcer el timón y buscar otro rumbo. En vez de mirar hacia arriba, hacia el estado, las fuerzas del cambio deberían mirar en horizontal, hacia el interior de sus propias filas, buscando dentro del campo popular los medios para resolver los problemas y, de esa forma, ir creando -y recreando- el mundo propio de los oprimidos. Como señalan los zapatistas, el futuro está en el pasado.

Autonomía&Autogestión

Apuntan a recuperar lo perdido, en nuestro caso, la cultura obrera. No se trata de una recuperación mecánica, literal, sino de un rescate de las mejores tradiciones que a la vez sea crítico y permita descartar los errores, las partes opresivas de la tradición, las que hacen daño o sentaron las bases para derrotas posteriores.

Me parece necesario repasar algunas “recuperaciones” necesarias para avanzar en el camino de la emancipación:

1) Un ejemplo es el estudio y la formación, tan devaluados ahora. En períodos anteriores, buena parte de la militancia obrera se formaba a sí misma, era autodidacta. La lectura y el estudio individual, al que los militantes obreros del siglo XIX -que trabajaban un promedio de doce horas diarias- dedicaban sus escasas horas libres, es parte ineludible de la formación, que contrasta con el escasísimo interés por el estudio que tiene la militancia actual. No hay ninguna excusa, ningún impedimento para hacerlo. Se trata sólo de voluntad, sólo de interés y de pasión por la causa de la formación autónoma. Organizaciones autónomas no pueden estar conformadas por individuos dependientes. A su vez, la organización debe fomentar la independencia de quienes la integran. Sólo individuos autónomos pueden, por ejemplo, crear órganos de comunicación independientes de las modas, de las órdenes de los jefes, de las ideas dominantes. Ser autónomo equivale a ser crítico y, en primer lugar, autocrítico. En este momento y en esta sociedad, equivale a ir a contracorriente de las ideas y de las prácticas dominantes. No es fácil, porque el camino de la autonomía, de la anti-alienación, de la emancipación, está empedrado de dificultades. Y, sobre todo, no hay atajos. En períodos anteriores, tanto los sindicatos como los partidos de izquierda fueron escuelas de formación: en valores, ideas, puntos de vista y hasta sentimientos contrahegemónicos. Recuperar estas tradiciones es urgente.

2) Parece necesario, para trabajar por la emancipación social, abrir espacios propios fuera del alcance y de la lógica del

Autonomía&Autogestión

mercado, donde construir poderes locales democráticos y autónomos. Espacios en los que sea posible ensayar nuevas formas de vida, como fueron los sindicatos, las organizaciones obreras y los barrios proletarios. Deberían ser una suerte de “laboratorios culturales” en los que hombres y mujeres sean capaces de tejer vínculos cara a cara, directos y sin intermediaciones. Espacios que sean lo suficientemente libres y abiertos como para permitir experimentar sin temor a los errores y fracasos, única forma de crear las condiciones para que se inviertan, o subviertan, los valores dominantes. Una larga práctica en espacios no contaminados, o escasamente contaminados, por la lógica dominante (incluso por el mercadeo político), puede dar pie a que se practiquen y reflexionen nuevas formas de vida, códigos propios, que vayan dando origen a una cultura política diferente, basada en la autonomía. Esos espacios tienen múltiples funciones y algunas condiciones para su desarrollo autónomo.

3) Deben ser espacios horizontales, no jerárquicos. En forma de red para que no se concentre el poder sino para que se difumine. Es la forma de alentar la participación, rehuyendo de la idea de hegemonía. Se trata de construir liderazgos colectivos para que esos espacios se consoliden como algo diferente. La hegemonía corresponderá al colectivo una vez que se haya desarrollado y las nuevas prácticas, la nueva cultura, hayan desplazado a los viejos estilos y modos. La disciplina no se busca ni se impone, surge del acuerdo al que se llega necesariamente por consenso. Será una disciplina voluntaria. Esto requiere no sólo trabajar para la pluralidad y la diversidad sino cuidarlas, fomentarlas. Mi identidad sólo puede desarrollarse y mantenerse si cuido y aliento la identidad y la diferencia del otro. Habrá que entender, más temprano que tarde, que la diferencia me enriquece.

4) De la práctica común de las diferencias, que va mucho más allá de la tolerancia, nace una nueva forma de democracia que consiste en el hermanamiento. A propósito del alzamiento

Autonomía&Autogestión

zapatista, alguien que consiguió comprender a fondo la lógica indígena, señala que “si aprendemos a vivir como hermanos, no nos harán falta justicia y paz, democracia y dignidad⁵”. La lógica del hermanamiento nos lleva directamente a la concepción de comunidad. Porque los espacios que debemos construir deberían tener un carácter profundamente comunitario, como lo tuvieron unos cuantos viejos sindicatos, en los que la cultura obrera y la identidad de clase pesaban mucho más que las disputas ideológicas y la concepción de la organización como instrumento para conseguir fines. En estos nuevos espacios, el fin no será la toma del poder ni la victoria final; el fin es la propia gente que integra el espacio. Una inversión de la lógica dominante que sólo entiende de medios y fines, que nunca pone en el centro al ser humano. La lógica comunitaria es la única que pone a cada uno, con sus diferencias y características individuales, como sujeto y fin.

5) Espacios construidos al margen del mercado: que supongan la apropiación de las condiciones de vida y no su delegación y enajenación en relaciones dinerarias o mercantiles. El mercado, económico o político, disuelve las formas de sociabilidad y relega la posibilidad de producir, y reproducir, formas de vida propias, asentadas en el reconocimiento de las individualidades (que no tiene nada que ver con el individualismo). La automarginación del mercado es un requisito indispensable, ya que “el universalismo jurídico y la economía monetaria, al entregarnos a cada uno de nosotros a la indiferencia del dinero y del derecho abstracto, a la confusión y a la indeterminación de las formas de vida, destruyen toda articulación posible de la identidad y la diferencia⁶”.

⁵ Lenkersdorf, Carlos; *Los hombre verdaderos. Voces y testimonios tojolabales*, Siglo XXI, México, 1996, p. 187.

⁶ Barcellona, Pietro; *Postmodernidad y comunidad*. Ed. Trotta, Madrid, 1996, p. 114.

Autonomía&Autogestión

6) Construir espacios integrales, que reúnan todos los aspectos del ser humano: económicos y culturales, sociales y políticos, espiritualidad y racionalidad. La suma de esos espacios irá conformando una contrasociedad que será el sujeto de las transformaciones, porque ya contienen una gran transformación. Todo esto supone, en primer lugar, volver la mirada hacia el interior de nuestro mundo. Demasiado tiempo lleva el movimiento social mirando hacia afuera, hacia el estado, las instituciones, los poderes públicos o los llamados países socialistas. Mirar hacia afuera es lo que aprendimos, lo que la sociedad moderna exige; salir hacia afuera para construir otro mundo, una correlación de fuerzas más favorable. Nuestro propio mundo se ha evaporado -entre otras razones- por no prestarle la suficiente atención. Esta tendencia debe invertirse. Durante un buen tiempo deberemos concentrarnos en recuperar las fuerzas, como el enfermo lo hace para recuperar su salud. Nosotros debemos recuperar todo lo perdido, desde los valores solidarios hasta las prácticas de ayuda mutua, de comunicación al interior de nuestro mundo, para recrearlo a imagen y semejanza de nuestros sueños. Algo así hicieron los indígenas del continente luego del terremoto de la Conquista. Se volvieron hacia adentro, para recuperar fuerzas y afirmar la identidad en base a una cultura diferente. Esto no implica dejar de resistir. Por el contrario, requiere de un trabajo intenso en lo local y lo concreto, no dirigido hacia la conquista del poder estatal sino enfocado al interior del mundo de los oprimidos. Se trata de luchar, en cada lugar, por más democracia: en el barrio, en la fábrica, en el centro de estudio, en la familia. Sólo así podremos construir poderes democráticos en base a vínculos sociales solidarios y abrir espacios de sociabilidad popular. En esta lucha, debería ir tomando cuerpo una ética de la autonomía y de la diferencia, relaciones intersubjetivas que consideren a todos y todas sujetos iguales que colaboren y cooperen entre sí, rehuendo la competencia que alienta el sistema.

Se trata de un trabajo de largo aliento, requiere infinitas dosis de paciencia y, si se quiere, un horizonte utópico que nos empuje

Autonomía&Autogestión

adelante en los momentos de desesperanza, como éste. Más que programas o tesis necesitamos fe y esperanza, que no son más que profunda e ilimitada confianza en los seres humanos. Como señala Leonardo Boff, “el socialismo nació de una profunda indignación frente a la miseria y de un acto de amor político y revolucionario hacia los oprimidos”⁷.

De ahí que no puede haber militancia sin pasión ni mística, algo en lo que ya había reparado Mariátegui pese a haber vivido en una época anegada por el estalinismo. De alguna manera, la crisis del socialismo y de los partidos, son manifestaciones de la crisis de la racionalidad, de quienes creyeron -alentados por la idea del progreso ilimitado y de la capacidad de la razón de controlar la vida- que una sociedad es planificable y moldeable según la voluntad de una vanguardia, líder o partido. El futuro de la humanidad y del socialismo estará en los movimientos sociales, o sea, en la gente organizada, convertida en el contrapoder que resiste a los poderes dominantes.

Pero los movimientos, como la propia palabra lo sugiere, son inciertos, no tienen una “senda trazada” porque nada en la vida puede trazarse de antemano. Navegar en la incertidumbre, cuestión que horroriza al burócrata, es una forma de estar vivos. La pasión y la mística (en el sentido original de la capacidad de percibir lo escondido, lo no revelado) serán las fuerzas motrices de una travesía sin fin; el corazón, todos los corazones, los timonees. Finalmente, el socialismo no es más, ni menos, que un sentimiento. El más grande que ha creado la humanidad.

Nota aclaratoria

Este texto es parte de su libro “La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación”. Ediciones Abya-Yala. Quito, 2000.

⁷ Betto, Frei/ Boff, Leonardo; *Mística y espiritualidad*, Ed. Trotta, Madrid, 1996, p. 12.